

**ESCRITORES POR EL MUNDO.
VOL. 17.**

Escritores por el Mundo. Vol. 11 – 2023

Queda expresamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio sin la explícita autorización previa del o los autores.

Prefacio

Conversar, del latín conversāre, que significa “dar vueltas en compañía”.

Bienvenidos a la conversación; una conversación entre textos literarios que unen a autores de variados países; una conversación sincera y profunda, con improntas autóctonas y personales, con historias propias y lenguajes tradicionales. Todos los excelentes escritores que conforman este libro se han reunido aquí para conversar, y para invitar a cada lector de cada rincón del planeta a sumarse a esta conversación. Porque las grandes Letras no son sino una gran conversación, una gran conversación entre generaciones y generaciones. Escribimos y leemos porque otros escribieron y leyeron antes, y, a su vez, otros lo harán después. Por eso conversamos siempre con nuestro pasado y nuestro futuro, pero también con nuestro presente, entre nosotros y los otros, entre iguales y distintos, porque, como lo muestra este Volumen 11, del encuentro con lo múltiple y lo genuino surge la belleza, la riqueza, lo real. Bienvenidos a la conversación, entonces, bienvenidos a nuevos mundos que, a partir de la lectura, generarán otras conversaciones y otros mundos.

La dama de oro

Erik Levin Kolangui. Ciudad de México, México.

El arte es el primer amor de muchos, pero para nosotros, quienes tenemos el privilegio de presenciar la vida de otros y a veces ser parte de ella, es un privilegio.

En las mañanas veía un salón lleno de mis iguales; vacío de personas. No era hasta más tarde, cuando abrían las puertas de la Neue Galerie, mi hogar, que la entrada al público era permitida. La sala principal, que era donde estaba yo, se llenaba rápidamente.

Aún puedo recordar el día en que nació. Mi legado debía ser eterno. Nací como un acto de amor. Nunca me aburría, tenía tantas historias que contar, en especial a aquellos que cuidaban de mí y me protegían, pero me faltaban las palabras para hacerlo, en cambio lo hacía con trazos, diseño y una vibrante voz oculta.

He tenido a todo tipo de espectadores, desde el sabelotodo más arrogante hasta el curioso que viene a pasar un tiempo agradable. Debo admitir que algunos de mis admiradores no han sido de mi agrado en absoluto, por supuesto que hablo de aquellos a quienes le pertenecía hace alrededor de ochenta años. Hablo del tiempo en que me sacaron de mi residencia a manos forzadas y me llevaron lejos, donde las miradas eran misteriosas y macabras.

Hoy mis pinceladas doradas, con matices rojos y verdes alumbran las caras de quienes me miran y es en ese instante cuando llega el momento de impresionar.

Nos hicimos amigos, aunque él hacía toda la plática y yo hacía todo el esfuerzo: con mi maquillaje, mis joyas, y debo de admitir que en edad era unos cien años más grande que él. Pero cómo hablaba, me hablaba de poesía y de música. Me hablaba de arte como si sus ojos estuvieran encendidos con fuego. Supe que, de todos los que me habían cortejado a través de los años, él era para mí. Él, con su cautivadora mi-

rada esmeralda.

Pasamos juntos días enteros. En invierno traía su libro de bosquejos y trataba de capturarme en mi gloria, y se quedaba hasta tarde serenándose con sus suaves comentarios. Tantos veces quise hablarle, decirle estoy aquí y te escucho o cinco minutos más por favor, aún no te vayas. Solo un poquito más. Sentía que él conocía mis intenciones y pensamientos y que, aunque no pudiera ayudarle a limpiar su mano cuando el grafito de sus herramientas lo manchaba, mi mirada de oro bastaba.

Los meses pasaron y caímos profundamente enamorados. Un día de verano, él se veía bastante triste, incluso tenía lágrimas en los ojos. Se acercó y creí escuchar:

- Mi gran amada, cómo te puedo decir esto -a media voz, tambaleaba sus palabras-. No podré venir más. Una gran oportunidad nos separa. Siempre te llevaré conmigo. Mi amada y para siempre eterna, gran Adele Bloch-Bauer.

Quería llorar tanto, tanto. Ese fue el último día que lo vi; había creído que lo nuestro era algo duradero. La gente se acercaba y yo no me podía mover. Las joyas que traía brillaban, mi cabello lucía espléndido, pero por dentro sentía que lucía una piel fangosa que repudiaba el amor que me creó.

Los años pasaron y crecí amarga y distante. Un día, cuando caía la tarde, un hombre con mirada esmeralda cautivadora se acercó. Se paró frente a mí, y por fin lo vi bien. Era él. Había regresado para mí. Me regaló una sonrisa de oreja a oreja y entonces volví a brillar.

Vi que tenía algo en su bolsillo. Sacó un paquetito con su envoltorio plateado. Ya sabía a lo que venía, íbamos a pasar toda nuestra vida juntos, para siempre. Vendría como siempre con su libro de bosquejos a apostarse frente a mí durante tardes enteras.

Se hincó en su pierna derecha y abrió la cajita para dejar ver un anillo con un brillante, sin ninguna imperfección. Fue entonces cuando reparé que no éramos los únicos en el salón. Caía la tarde, y una voz femenina dijo:

- Mi amor, sí. Claro que sí.

Una joven delgada y fina le dio un beso a mi caballero y

aceptó el anillo. Estaba a punto de explotar, de salir de mi contorno y matar a ese hombre, pero todo cambió cuando la joven le preguntó a su ahora prometido:

- ¿Por qué quisiste hacerlo frente a este cuadro?
- Porque Adele Bloch-Bauer fue mi primer amor y ahora tú eres mi dama de oro.

Cuento publicado originalmente de manera digital en Revista Trazos. 3 de mayo, 2021. Pág. 30.

Una tarde en el puerto

Erik Levin Kolangui. Ciudad de México, México.

Veo la vastedad del mar y no veo nada. Miro a la derecha y lo veo sentado en la banca junto a mí. Ambos miramos la misma cosa, aunque me doy cuenta de que percibimos cosas diferentes. Algo que nunca he entendido de él es la constante usurpación de los sentimientos. Es como si se adueñara de ellos. No me los comparte y no me los muestra, pero sé y me puedo dar cuenta que va más allá de eso.

Se trata de su sensibilidad como la percepción más visceral de la vida, en especial a su edad. No tiene más de diez años. Pero sé que lo ve todo. Yo soy un hombre viejo, aunque joven para morir. Me lo dejó mi hermana que murió a manos del cáncer hace un año y medio, y la verdad, para ser sincero, aún no me recupero. Carysa se llamaba mi hermana, y no pasa un minuto en este mundo sin que la extrañe de tal manera que me pudiera cortar un brazo para verla de nuevo.

Observo en la mirada de mi sobrino cada gramo de alegría y sufrimiento por el que Carysa pasó. No lo sé, pero hay algo en él que no puedo explicar.

Es una tarde agradable, supongo. Salió apenas el niño de la escuela. Al pobre lo molestan mucho por ser diferente. Se detiene a ver todo con más delicadeza, se fija con más atención en los detalles y tiene una manera de expresarse que se nota cómo derrama su corazón en cada palabra que verbaliza sin que él tenga la más mínima idea del efecto que causa en los demás.

- Está bonito el día de hoy, ¿no te parece? Lindo día para pasar la tarde en el puerto -menciono sin tener idea de qué decir.

Bastante inútil ya sé que soy para esto de lo de ser padre, hay algo en él que no puedo entender. No es como yo, es totalmente diferente, pero siento que si entendiera su idioma sería como si descubriera una antigua civilización enterrada en las rocas de alguna selva del otro lado del mundo.

Él asiente, me mira, pero no gira del todo y logro ver esos maravillosos ojos almendrados que le heredó Carysa. Su padre nunca estuvo en el panorama, cuando supo que mi hermana había quedado embarazada huyó a esconderse donde únicamente los cobardes y los mediocres se esconden: debajo de su cama. Es posible que se haya ido a las Islas Caimán con todo su dinero escapando de la ley. No recuerdo, o tal vez no quiero recordar.

¿Qué más da? Cuando la vida te quita lo que más valoras, ya nada es lo mismo. Contra lo inevitable, la posibilidad nunca basta.

- Sabes que tu madre y yo solíamos venir a este lugar, a esta misma banca cuando teníamos tu edad y disfrutábamos de un delicioso helado de vainilla. Bueno, yo de vainilla y tu madre de chocolate. Cómo le gustaba el chocolate... -me detuve. Me pasé la mano por el pelo y me incliné hacia adelante. Una gota de mi helado manchó el traje negro que llevaba. Ahora tendría que mandarlo a la tintorería-. Nunca entendí su gusto por el chocolate, en especial el amargo, pero bueno allá ella ¿no?

Él me volteó a ver dubitativo. No supe cómo reaccionar, a lo que añadí:

- Tu mamá era fenomenal. Ella siempre me defendía cuando tu abuelo me regañaba. Todas esas veces que me ves discutir con tu abuelo hasta que se rompen los vidrios de su casa... bueno no es nada comparado con el nivel de voz que él podía alcanzar cuando era joven. Tu madre siempre me defendía.

Giré para mirarlo, pero su mirada seguía perdida en el horizonte. No sabía cómo estaba tomando la historia que le estaba contando, entonces pause por un momento.

- Sip, tu madre era grande. Sí.

En ese momento él me miró y estaba por abrir la boca. Yo lo sé. Me iba a decir algo por primera vez ese día. Fui un completo estúpido, me puse tan nervioso que se me resbaló la bolita de helado que estaba sentada delicadamente sobre mi barquillo sabor a mantequilla. La mancha pequeña que tenía se había vuelto una nevada en medio del desierto negro de tela que llevaba puesto.

Para lo que después decidí agregar muy inteligentemente:

- ¡Mierda!

Me puse lívido cuando me di cuenta de lo que había dicho en frente del infante.

- No, me refiero... -me quedé sin palabras.

Él, muy elegantemente tomó su servilleta y se acercó con cuidado para limpiar el área donde me había manchado. Estaba estupefacto. No supe qué decir, así que no dije nada. Solo dejé que continuara y le ayudé por supuesto.

- Gracias -dije con gratitud.

Él, de la nada respondió con la siguiente expresión que me sacudió por completo. Colocó su delicada mano sobre el reverso de la mía y dijo:

- Mi mami fue una buena mami.

Se recostó sobre mi brazo y colocó la servilleta mojada en el extremo de la banca.

Ambos permanecemos ahí mirando la puesta del sol. Entendí que mi sobrino, más allá de ser una persona diferente a mí, era una persona amada por muchos y que estaba por enseñarme lo especial que puede ser la vida si la ves desde otra perspectiva.

Pertenecer

Estefanía Gama Pineda. Bogotá, Colombia.

El mundo no para, está en movimiento constante. Nunca duerme, ni se calla, ni deja de sentir.

El mundo quiere que me mueva, el mundo no me deja detener.

El mundo quiere que aprenda, que me defina, que escoja, que produzca, que me mueva, que siga, que siga, *que siga...*

El mundo quiere que encuentre un propósito.

Si decido no moverme, o no seguir, el mundo me deja atrás. Y cuando eso sucede, debo empezar a moverme y tratar de alcanzar el ritmo nuevamente.

Sin embargo, hay cosas que no vemos cuando seguimos el ritmo del mundo. Como cuando el sol sale por completo y la neblina se va poco a poco, o como el rocío de las hojas de las plantas va desapareciendo lentamente. No nos fijamos en el agua que acaricia nuestra piel cada mañana al darnos un baño. O la forma en que nuestro cuerpo nos grita y nos ruega por un descanso; pero nunca se lo otorgamos.

El mundo es despiadado, y el mundo quiere que sea despiadada.

Pero cuando miro al cielo, y veo las nubes moverse milímetro por milímetro gracias al viento, y decido bajar la mirada para apreciar el pasto, y noto que algunas flores brotan en medio de él, lo único que pienso es cuánto deseo formar parte de eso.

Solo quiero que el mundo se detenga un rato. Quiero sentir el pasto con mis pies descalzos y pertenecer. Quiero que de mis poros empiecen a brotar tallos, y que esos tallos se conviertan en margaritas. Quiero que mis lágrimas sean el alimento de una vida, y que mis labios sean la almohada de una flor.

Solo eso.

El Despertar de las Musas

Juan Manuel Ledesma Mendoza. Miami, Estados Unidos.

Despierta tú que duermes,
ya no estés más oculta,
a esa necedad sepulta,
pon en marcha la imaginación,
saca a volar tus sueños,
darle rienda suelta a la inspiración
y que los dones sean tus dueños.

Alabada seas ¡OH MUSA ETERNA!
cuán fiera bestia ataca,
como si fueses aire de ventolera
y todo lo sublime saca.

Del más hondo abismo rescata
a esas penas y apatía,
siempre a la maldad desbarata
y convierte el llanto en alegría.

Acompaña a cada artista,
pinta, canta, baila, escribe,
sé con el arquitecto y el artesano,
del fotógrafo y diseñador recibe
todo el poder soberano.

Da música y colores
al gris de la tristeza,
regala el bien de amores
y atácanos con delicadeza.

Aféctanos para afectar,
quíérenos para querer,
nuestra alma restaurar
y motivos siempre tener.

Llénanos de esperanza,
ten seguro a nuestro ingenio,
que infinita sea la confianza
y da calma a nuestro genio.

Te invito a que cuando despiertes
te conviertas en nuestros sueños,
y nunca más te duermas
para que el odio sea pequeño.

El arte a veces muere,
otras veces mata,
y tú ahora eres
la que nuestro corazón rescata.

El magnífico ayer

Karla Inés Sánchez Luevanos. Ciudad de México, México.

Desearía volver a los viejos tiempos donde tú y yo éramos felices.

Desearía volver a esos tiempos donde tenía amigos verdaderos; pero no puedo desear sin intentar levantarme de la cama; no puedo desear si me aferro al pasado.

Necesito vivir el presente, vivir el aquí y ahora; pero luego recuerdo que todo ha cambiado para mal y en vez de ser un “mañana va a estar mejor”, es un mañana va estar peor, y ahí es donde me vuelvo atorar, en el magnífico ayer al que no puedo regresar, donde lo único que hacíamos era jugar y divertirnos, sin pensar lo que la gente dirá, sin sobrepensar en el oscuro futuro que por delante está... Sin tener preocupaciones, ni competencias.

Y no, no estoy diciendo que esté mal dejar de ser niños, solo que extraño ese magnífico ayer, donde no tenía que dejar de ser yo para encajar en la sociedad estereotipada. Donde tú y yo éramos felices sin condiciones.

El magnífico ayer que todos deseamos, regresar a la infancia donde no había problema alguno.

Pero hoy no queda más que aceptar que estamos creciendo y que con cada día que pasa el ayer se queda vacío y sin significado alguno.

Así que, aunque hoy ya no estés a mi lado, viviré en el presente, donde a pesar de las dificultades no me rendiré, porque a partir de hoy seré yo y nadie más que yo.

JooHa y Sun

Charlie Cortés. Santiago, Chile.

No estaba bien. No. Nada bien. Mirar a JooHa, como lo está haciendo Sun, debería estar prohibido. Incluso ella sentía que estaba mal, por el hecho de que ella solo está allí sentada, con sus hoyuelos y su cabello rojo, su cintura pequeña y sus piernas blanquitas, tan apreciables como solo ellas podían ser. Quería tocar esas piernas hace tanto tiempo, que ya perdía sentido del tiempo; llevaba días, semanas y meses encaprichada con la misma chica.

Suspiró por enésima vez en la clase y Dior la golpeó. Sun se acarició el brazo y JooHa la miró. Giró rápidamente la vista y escondió su rostro con su flequillo, fingiendo que no había dejado de mirar por la puerta en ningún momento, la cual estaba convenientemente al lado de la chica.

Dior bufó y se cambió de lugar. Pero ahí estaba ella. Con sus dientes chiquitos y mejillas abultadas. Sus ojitos pequeños y esos lindos rulos. Todo le causaba tanta ternura. Solo quería saltar sobre ella y besarle toda la carita, de ser posible, claro está.

La campana sonó y la profesora dejó en claro que quería los informes al final de la semana.

Fue hasta Dior y se conectó a la conversación.

- ¿Entonces nos juntamos en tu casa? Me agrada la idea, en mi casa no podríamos nunca. Mamá siempre está ahí, literalmente, hablando, sentada con nosotras y trayendo comida cada vez que puede. Por cierto, ¿de qué podemos hacer el trabajo?

La chica solo rio encantada y, según la miopía de Sun, algo roja.

- ¡Dior! -exclamó, tomándola del hombro- ¿Harás el trabajo con ella?

- Sí -Sun no quería exagerar, pero sintió una estaca en su corazón-. Te llamé, pero estabas tan concentrada mirando a JooHa que ni me tomaste atención.

Sun enrojó de pena y se sentó en su lugar y escondió el

rostro, quejándose de lo injusta que era su mejor amiga por dejarla sola, cuando es obvio que tiene un pequeño problema de ansiedad social. Si puede hablar con Dior, es solo porque la conoce desde pequeña. Inclino su cabeza hacia un lado tras sentirse sofocada y noto la mirada dulce de esa chica que la traía encandilada.

- Hola Sun -Tan cerca, tan *fucking* cerca-. Escuché un poco de lo que hablaste con Dior (“Alguien que me entierre en el patio”) -JooHa dejó un mechón tras su oreja y Sun noto los tres piercings en la parte superior-. Como no tengo pareja tampoco, ¿te gustaría ser pareja conmigo?

Sun entrecerró los ojos, pellizcando su brazo, mordiendo su labio y suspirando.

- ¿Estoy soñando? -preguntó, asumiendo la triste realidad de que no, en realidad, los aretes en la oreja de JooHa eran producto de su mente, que esas manitas que ahora tomaban su temperatura con preocupación, eran otro cruel producto de su imaginación.

- ¡Sun! -Una sacudida la devolvió a la realidad, a excepción de que no es Dior quien la despierta, ni la maestra. Era Lee *fucking* JooHa.

- ¿No quieres? Entiendo, no hablamos mucho en realidad -Su sonrisa era linda, aun estando decepcionada, su sonrisa era tan bonita.

- ¡No, no! Perdona, yo, perdón, estaba -Hizo tantos gestos con la mano que JooHa retrocedió algo mareada- Uhh. Sí, quiero hacerlo. ¡Estar! Uhh

- ¿Hacer el informe juntas?

- ¡Sí! ¡Perdón! -La mano en su espalda la relajó un poco, mientras que la sonrisa de la pelirroja le funcionó como un disparo al corazón; aceleró tanto su pulso que sus mejillas enrojecieron.

- ¿Entonces...? ¿Es un sí o un no? -preguntó, cuando Sun parecía más calmada, solo en el exterior, ya que por dentro era un torbellino de palpitaciones, mareo y calor.

Movió la cabeza afirmando y JooHa sonrió más conforme. Sun estaba a punto de morir a manos de su amada.

El espíritu del mundo

Jairo Enrique Ramírez Sánchez. Zitácuaro, México.

Desde el inicio del tiempo conozco todo cuanto existe, camino junto a ustedes,
En cada paso de su historia lleno la mente de las personas con intenciones
Desde su conciencia dispongo mi voluntad más allá de toda moralidad
Desde su libertad los acompaño, hago florecer y hago devastar.

He conquistado cuanto existe desde Grecia hasta la India otorgando mi absolución
He perfeccionado a la muerte, el ocaso de la humanidad en una obstinación
He dictado los dogmas quemando vivo a todo designio contraria a mi virtud
He proliferado la tragedia atravesando el corazón de una república con mi traición

He nutrido el futuro de la humanidad alimentando a sus hijos con la fría sapiencia
He arrodillado a las plagas engrandecimiento a sus hijos con mi gracia hecha esbirro.
He narrado las mayores perversiones exaltando la voluntad desde las cadenas
He emancipado a los oprimidos hurtando el yugo de los nobles opulentos

Porque soy yo quien se hace presente cuando la ceguera abunda
Quien corrompe la esperanza y purifica la perversidad
Quien dicta el futuro y hace a la historia ser
Porque soy yo, el espíritu del mundo.

Hogar

Victoria Beneditto Lluberas. Montevideo, Uruguay.

Porque siempre voy y vengo.
De vez en cuando estoy y a veces me ausento.
Aunque siempre soy yo la del reflejo.

Porque siempre voy y vengo.
Cuando la soledad ahoga, enmudece, ensordece.
Siempre soy la que me quedo,
porque siempre soy, aunque a veces me ausento.

Soy con quien me enojo cuando no logro lo que quiero.
De una cosa estoy segura, he fracasado en risas
y aprendido en llantos.
En esos intentos aprendí qué era el amor,
y salir de aquellos lugares oscuros.

Me volví a amar,
armar,
sentir,
vivir.

Y ahora, después de mil noches de desvelos
duermo tranquila.
Porque a pesar de todo me quedo,
me quiero,
me respeto.
Porque puedo llamarme
Hogar.

Todos mis yo

Victoria Beneditto Lluberas. Montevideo, Uruguay.

Me pregunto, ¿cuántas versiones de mí hoy gritan a escondidas esperando a que las conozcan?

En alguna realidad paralela, una versión de mí está aprendiendo a caminar y en otra ni siquiera dio su primer paso. En alguna realidad que no conozco, aguardo ansiosa por conocer a mi yo más grande que el de ahora. Y en otra realidad que antes habité, me veo sentada en el piso del patio de la casa de la abuela jugando a ser quien quería ser en aquel entonces, sin saber lo que serían tiempo más adelante. Mientras escribo, me pregunto, si mis versiones pasadas estarán satisfechas con lo que son en la actualidad.

Quizás en alguna otra realidad aprendo a escribir mi nombre, a reconocermé en el mundo, aunque no sepa muy bien lo que eso significa. En unas cuantas realidades más adelantes, soy consciente de que existen múltiples realidades transcurriendo al mismo tiempo. Como ahora, mientras leo las palabras que dejo atrás, una versión muy pequeña de mí está abriendo los ojos, y en otra aún sigue dormida. Esperando a despertar.

En una realidad paralela, logré estabilidad o al menos eso es lo que creo, en otra no tan lejana, otra versión de mí corre sin tener idea hacia dónde se va. Nunca fui buena con las ubicaciones, ni el tiempo: Norte, Sur, Este y Oeste, ¿y el reloj?

En alguna realidad paralela estoy pronunciando mis primeras palabras, sin imaginarme que ellas serían tan importantes para mí. En otra que puedo ver a lo lejos observo a mi tía abuela armando discursos (y siento un fuerte deseo de expresarme como ella algún día), sin siquiera saber que éstos moldearían mi forma de ver el mundo.

En alguna realidad, aprendo a bailar y estoy fatigada por subirme al primer escenario de mi vida. Quizás en otra, ubicada en los recuerdos no tan lindos, aprendo a verme caer

por primera vez y no es tan divertido.

En alguna realidad paralela, estoy descubriendo el mundo, todo me sorprende y me desborda. No puedo almacenar tantas imágenes en mis ojos. Lo que no sabía era que después aprendería un millón de cosas nuevas, escondidas en cada rincón de la vida. En alguna de las realidades estoy donde siempre soñé, pero seguramente en el camino de 'aquí- allá' tenga otras metas por alcanzar.

En otra realidad me frustró con el hecho de querer hacer todo a la perfección. Y en otra, no tan lejana, no me importan las opiniones de los demás, mientras lo que haga defina lo que soy. Me siento feliz por lo que logré: me vi por ahí escribiendo el primer poema (que por supuesto no compartí), los primeros versos que no sabía que hoy iban a pertenecer a un soneto.

Dentro de los momentos memorables, se encuentra el día que conocí a mis padres; aún escucho el llanto de mi madre cuando me tuvo en brazos por primera vez, donde todo comenzó.

Todas estas realidades, y muchas más, transcurren al mismo tiempo, pero solo se encuentran en una fecha puntual. Hoy como cada año, a la misma hora del mismo día, nos juntamos todas mis versiones, nunca en el mismo lugar.

El grillito

Victoria Beneditto Lluberas. Montevideo, Uruguay.

En mi infancia he escuchado varias historias de fantasías y he llegado a la conclusión de que todas ellas tienen dos cosas en común: un “hasta que” y los “finales felices”: *La cenicienta, Hansel y Gretel, Rapunzel, Blanca nieves, La sirenita, Peter pan*, entre otras. En todas existían personajes “malos” y “buenos”; los últimos siempre ganaban y eran felices “para siempre”. De vez en cuando me preguntaba si las historias de fantasía existían con la finalidad de hacer al mundo un mejor.

Cada vez que me contaban historias me transportaba en el tiempo, y acostada en el piso de mi habitación podía trasladarme a cualquier parte que quisiera. Nunca supe si pensaban que las historias de fantasía se crearon para hacer el mundo un poco mejor, pero cuando yo las escuchaba era como si habitara otro mundo, con otra realidad. Quizás mejor comenzar con una historia de verdad, donde se inventaron algunas historias de fantasía.

Era diciembre del 2008, mamá nos dijo una mañana:

- La semana que viene nos vamos de vacaciones.

Aprontó los bolsos y nos fuimos. Así de rápido llegamos al “grillito”, la casa que había alquilado por quince días. Quince días de playa, quince días sin escuela, sin responsabilidades, quince días distendidos, en familia; quince días de primos, donde sonreímos mucho. Quince días que me hubiese gustado que durara una eternidad como los cuentos de fantasía.

Siempre me di cuenta de lo que pasaba a mi alrededor y en ese año habían pasado cosas. aunque nadie me dijera nada, aunque todo pasara “en secreto” y hablarán a “escondidas”. Matías y yo íbamos a la escuela por la mañana y luego mamá se encargaba de llevarnos a todas nuestras actividades por la tarde; quería que cumpliéramos con la rutina de todos los días, pero entre historias e historias me daba cuenta de que algo ocurría.

Mis padres se divorciaron ese año; pasamos de ser cuatro, a tres: mamá, mi hermano y yo. A los pocos meses nos mudamos a otra zona de la ciudad. Yo terminaba la escuela y comenzaba el liceo el año siguiente. Los cambios golpeaban fuerte y muy rápido. Y yo, en medio de todo, no podía entender cómo era que la maestra de matemáticas me exigía que aprendiera a dividir:

- Victoria, no podés salir de la escuela sin saber dividir -me decía. No se daba cuenta de que en esos momentos las divisiones eran un problema muy pequeño al lado de todo lo que sucedía.

Tiempo después comprendí que solo le importaba que aprendiera las lecciones que tenía preparada y nada más.

Ese mismo año nuestro primo estuvo grave y hubo muchos viajes a Montevideo. Aún recuerdo los días que pasamos en la casa de los abuelos. Por la mañana, salíamos a hacer las compras con el abuelo, y todas las tardes, actividades diferentes con la abuela, para que no extrañáramos, pero siempre se hacían más largas las tardes y cuando eso pasaba, “todo va a estar bien” era el consuelo.

Luego, como todo pasa, un día pasó y volvimos a casa, a la nueva casa. Nacho mejoró y egresé de la escuela sin haber aprendido a dividir; después de todo, la maestra no tenía razón. Y en el mes de diciembre, llegamos al “grillito”:

- ¿Acá vamos a vivir por quince días?

- ¿Y vamos a ir a la playa?

- Sí.

Eran las 8 A.M. y no podíamos más de la ansiedad; queríamos ir a la playa, porque, en fin, “habíamos ido para eso”. Desayunábamos todos juntos en la cocina de la casa, luego los abuelos preparaban el mate, mientras que nosotros nos organizábamos para pasar toda la mañana en la playa. Cuando volvíamos, el almuerzo y luego la sobremesa, momento en el que cubríamos las sillas de playa de toallas y sábanas, para meternos debajo y decir que era nuestra casa, “una casa dentro de otra casa más grande”, donde todos los días teníamos visitas diferentes. Es que era una casa muy solicitada y nuestros tés, los más ricos. Aunque la hora de la siesta no se ne-

gociaba y ahí a mamá, con toda su imaginación, se le ocurrían un millón de historias para contarnos, que escuchábamos muy atentos tirados en el suelo, debajo de las sábanas que cubrían nuestra casa. Era justo en ese momento, cuando mi imaginación comenzaba a volar.

Una de esas tardes nos contó que, en la playa, donde estábamos, había existido un bosque. Hacía un tiempo, había tenido una visita muy especial de una joven con poderes sobrenaturales, y había logrado encantarlo, paralizando todos los árboles, plantas y flores que se encontraban allí. En el cielo, ni una nube se movía y la arena era la misma desde hacía muchos años atrás. A partir de ese momento, nadie más supo de ninguno de los dos, ni del bosque, ni tampoco de la chica con esos súper poderes:

- ¿Cómo lo encantó?

- Con sus superpoderes.

- Pero ¿cómo?...

En la playa siempre encontrábamos algo para hacer, pero esa tarde habíamos quedado muy intrigados con la historia del bosque y cómo recordamos que éste se había encontrado en la playa donde estábamos, salimos a buscar algo que indicara que había existido. De tanto caminar, llegamos a un lugar descampado, no había ni una sombrilla, ni una persona.

- ¡Es acá!, ¡es acá! -decían Matías y Nacho.

Estábamos lo suficientemente lejos, pero las sugerencias de volver ya no eran viables, queríamos comprobar si efectivamente aquel bosque había existido:

- Capaz pasaron tantos años, que ya no existe más nada.

- Pero tiene que haber quedado algún rastro de él.

- Mirá, una piedra, ¡es una piedra rara!

Teníamos tantas ganas de encontrar algo de aquel “bosque encantado” que pensamos que esa piedra “rara” había pertenecido a él; tomamos la piedra del suelo y eso ya parecía prueba suficiente para salir a contarles a todos. Pero en ese instante, recordamos que mamá nos había dicho que nadie podía entrar al bosque (o a lo que había quedado de él) y supusimos que, mucho menos, tomar algo de allí. Entonces, rápidamente soltamos la piedra y buscamos la manera

de volver a la playa, pero ya era tarde, no recordábamos el camino de vuelta y teníamos miedo de quedar atrapados en el que pudo haber sido el “bosque encantado”.

En ese momento, escuchamos ruido, que nos asustó mucho, y gritamos. ¿Quién podría ser? ¿Acaso sería otra prueba? Miedo. No podíamos mirar hacia los costados, estábamos totalmente paralizados. Pero al comprobar que no era la joven con superpoderes, y tampoco ninguno de los personajes de las demás historias que habíamos escuchado, nos calmamos un poco. Era un guardavida, quien vio a lo lejos tres niños perdidos y fue a preguntarnos si estábamos bien:

- Salimos a caminar nomás -dijimos.

Nos preguntó de dónde éramos y si nos acordábamos donde estábamos ubicados en la playa antes de salir a caminar. Le dijimos lo que recordábamos y nos llevó hasta donde estaban mamá, la tía y los abuelos.

Recibimos algunos regalos ese día, de los que no nos justificamos, y tampoco dijimos nada sobre como “casi vimos el bosque encantado”. Porque en las historias, si contás algo, pierdes la magia. En cambio, permanecemos callados, y al día siguiente volvimos al mismo lugar. Comenzamos a caminar, y al fin llegamos. Esta vez, lo que pudimos ver de diferente fueron un montón de piedras en el suelo y palmeras, que no habíamos visto la primera vez.

Creímos que las piedras que encontramos habían sido de las personas que habían habitado en algún momento en el bosque. Y que las palmeras eran el lugar donde descansaban. También pensamos que, quizás, las personas que venían desde muy lejos se hospedaban allí un rato, para luego seguir su viaje:

- Quizás pertenecieron a personas que vinieron de otro planeta -pensamos en voz alta.

No sabíamos si llevar el montón de piedras a la casa o sacarles una foto para mostrarlas luego (habíamos llevado una cámara, por las dudas). Pero, finalmente, nos las llevamos, para cuando estuviésemos de acuerdo, mostrar:

- Podemos sacarlas en Año Nuevo.

- Así todos van a saber que fuimos los primeros en en-

contrar algo del bosque encantado.

- ¿Y si pasa algo? ¿Si se enojan?

- No puede pasar nada, porque las historias que escuchamos siempre tienen finales felices.

Y como si nada hubiera pasado, entre paseos, discusiones, fotos y risas, llegó el 31 de diciembre. Esa noche festejamos año nuevo; en esa época aún se usaban los fuegos artificiales y obviamente Matías y Nacho no podían dejar de tener algunos para tirar pasadas las doce, por lo que los abuelos les habían prometido que después de la playa irían a comprar algunos.

Yo me quedé en la casa con mamá, los tíos y la abuela; nunca me gustó la idea de ver fuegos artificiales estallando en el cielo y mucho menos sus ruidos. Cuando iban llegando, sus gritos se escuchaban desde la cuadra anterior:

- ¿Qué es esa pila de bolsas que traen a la casa?

- ¿Y todo eso? ¿Qué es?

- Algunas cosas para la noche.

- ¡Algunas!?

Parecía que el concepto de “algunos” del abuelo no era el mismo que el de Matías y Nacho, quienes tenían una mesa llena de fuegos artificiales, tantos que se tomaron el trabajo de ordenar por tamaño y color. Esa mesa parecía un puesto de ventas, solo le faltaba el cartel “fuegos artificiales aquí”.

Pasadas las doce, decidimos contar lo que habíamos encontrado en la playa hacía unos días atrás; que las piedras que habíamos encontrado coincidían en mucho con las que habíamos escuchado en las historias de las siestas. No sé si mamá creía que las historias de fantasía se crearon para hacer del mundo un poco mejor. Pero, ese verano, estas historias nos hicieron creer y vivir otra realidad.

Nos enseñaron a disfrutar y valorar nuestra compañía, aquellas risas a carcajadas, aquellos almuerzos “larguísimo” y las historias “mágicas” de la siesta. Los pactos entre nosotros, los mates debajo del parral, las discusiones por los juegos de cartas y los helados de consuelo. En esa realidad solo había lugar para la fantasía y la imaginación. Me acordé de todos los “hasta que” y los “finales felices” de las historias que

había escuchado.

Recuerdo que hay fotos muy lindas de esas vacaciones, fotos de Matías y Nacho, de los abuelos, con la tía y de mamá, Matías y yo. Las fotos capturan hermosos momentos e inolvidables recuerdos. En casa hay un baúl lleno de fotos, desde que nacimos, hasta el momento que se crearon los celulares que sacan fotos de alta definición. Estos celulares mataron un poco lo lindo de tener las fotos impresas en las manos y poder escribirles del lado de atrás. El grillito 2008-vacaciones en familia. Ahora son todas digitales y las guardamos en la memoria del celular. En el baúl ya no caben más.

Ese verano también yo aprendí a dividir, Nacho volvió a jugar, Matías se sacó las ganas de tirar fuegos artificiales y el abuelo aprendió un nuevo concepto de “algunos”. Mamá sonrió mucho, la abuela cocinó muy rico, aprendimos a doblar toallas y sábanas diariamente y a colocarnos bloqueador solar sin discutir. Aprendimos muchas historias y, sobre todo, que no fuimos únicamente para “ir a la playa”, sino para capturar hermosos momentos que nos enseñaron que las historias reales no son siempre felices, pero por cada cosa fea que pasa vienen diez lindas detrás.

Ojos chispeantes

Samantha de Los Monteros Beaujean. Ciudad de México, México.

En el atardecer de mis peores días apareciste
con tu sonrisa a medias y tus ojos chispeantes.

No sé muy bien quién eres, ni cómo llegaste, pero tu mirada me deslumbró.

Esa luz que llevas pegada al pecho inundó mis días de muchos buenos momentos;

Temo por mí, por ti y por todos los espacios donde hay tantos silencios porque a los besos les gusta encontrar los huecos.

Quisiera ser más libre, más ligera, menos sentimental y un poco mentirosa

quisiera decirte que no se siente nada, que no me desespera pensar en los momentos que no estás, hasta mi aire está colado en ti, en tus ojos, en tus labios, en tus manos.

No somos nada, pero mi corazón se estremece cada vez que te veo, con tus gestos, con tu voz, con tu olor, con tu maravillosa manía de acercarte de a poco cuando quieres decirme algo y te arrepientes...

Si te pido que te quedes es porque lo quiero, porque lo siento y porque cada vez que te veo, el corazón se me sale con este sentimiento.

No sé a dónde vamos o si tendremos un regreso, sólo sé que mirarte de cerquita hace que esta vida tenga nuevos destellos.

No te preguntes si me quieres, quiéreme.

El corazón no se equivoca, el corazón te enseña lo que es sincero

y si un día... ya no te veo, siempre se aprende, siempre se guardan los recuerdos en el baúl de los mejores momentos.

¡Pero que cabrón el destino!, que nos atrapó en corazones ajenos.

¡No te acobardes cariño!, que el miedo sólo destruye los sueños, arranca la magia y nos quita tiempo.

Escúchame atento, apagar un sentimiento es la única cosa que la vida te cobra con arrepentimiento.

Corazón sincero

Samantha de Los Monteros Beaujean. Ciudad de México, México.

Te propongo algo simple,
que nos queramos sin pensarlo, sin dudas, sin culpas.
Te propongo dejarnos,
te propongo olvidarte.

Mi propuesta es vacía porque no puedo prometerte nada,
ya no sé ni siquiera qué debo hacer.

Quisiera ser otra.

Quisiera vivir de otra manera, sentir de otra manera, pero soy así, llena de angustia, de ansias, de miedos, llena de pensamientos que siempre me llevan a ti.

Me gustaría ofrecerte más, pero ésta soy, la loca del corazón sincero, la triste de mente libre, soy la imperfecta que te ama a pesar de todas tus perfecciones, la que despierta desbordada de ganas de verte otra vez.

En otra vida será,
me digo constantemente,
pero no me lo creo,

me duele decirlo, me cala los huesos imaginar que en esta vida, en la que el universo hizo todo para que nos miremos, tú y yo nos quedemos con nada, sin ni siquiera intentarlo un poquito alguna vez.

Estaciones

Valeria Rivera Godoy. Santiago, Chile.

He aprendido a amar
el desprendimiento de mi piel añeja,
que como las hojas en otoño
con el viento se sueltan,
arrancada de mi cuerpo
pellejitos de culebra
que en la arena
ondulada su huella deja.

He aprendido a amar la lluvia
que dentro mío
en el invierno chorrea,
cuando las penas me agüitan
la embrollada cabeza,
como lluvias acantaradas
cuyo sonido
nadie nombrar sepa,
nutriendo a su paso
la tierra sedienta.

Y la primavera chispeante
amo,
que con sus flores
me despierta
del frío letargo
adormecidas un poco
las piernas.
Y con bichos de colores
que alados revolotean
me susurran en zumbidos
que el verano ya se acerca.

Porque en verano siempre brillo

como el sol y las estrellas,
desnuda mi piel de
asoleándose ligera,
aguas saladas yo disfruto
del mar
y la que brota
de mi dermis hacia fuera,
cuando bailo alegre al ritmo
de otras fieras.

Enajenada

Valeria Rivera Godoy. Santiago, Chile.

Llevo tantos años míos
en el auto exilio,
de mí misma
expropiada,
de no saber ni poder sentirme,
simplemente
enajenada.

Vagabunda
de un cuerpo
que parece ajeno,
aislada,
siempre sujeta
a los deseos extranjeros
que colonizan
mis ganas,
invadiendo estas tierras
que parecieran desoladas
cuando dentro hay volcanes
que estallidos
reclaman.

Cumplidora
de otros siempre,
a quienes castillos
en tierra construí,
mientras los míos
rezagados
fueron quedando
sin poder encarnarse
en mi país.

Y aunque finada
en vida antes
yo pareciera
quisiera desde hoy sentir,
que me pertenezco
y soy mía, propia,
dueña,
todita completa de mí,
para albergar en mis
senos
los sueños que no cumplí,
y así darme los permisos
que dejé a otros en mí prohibir
y convertirme en liberada ave
para mi propia existencia
al fin vivir.

Ausencia paterna

Valeria Rivera Godoy. Santiago, Chile.

Aprendí que con promesas bastaba,
y la deuda mi alma triste torneó,
es que rompiste como hojas de otoño
tu palabra,
que con migajas se alimentó mi interior.

Las ilusiones, se apagaron,
todo adentro cenizas se volvió,
quemaste tantas veces las promesas
que incumplidas siempre
dejaron desazón.

Apenas una criatura era
cuando se consumió todo el carbón
que alimentaría las llamitas,
congelado dentro mío quedó el fogón.

¿Cómo pueden florecer los lirios?
si con tu partida el humo tapó el sol,
¿dónde estás creador mío?
por qué me has dejado sin razón.

Con la esperanza marchita fui creciendo
evitando de cualquiera
para mí amor,
es que cómo sentirse querida
si tanta ausencia dejaste en el corazón.

Algunos hombres fui encontrando
que ofrecieron cariño, protección
y atención
pero al final eran solo niños
a quienes también les habían negado el sol.

Qué pueden hacer entonces,
las hijas e hijos negados ante Dios,
más que zurcirse entre ellos
de a poquitos,
cubriendo las deudas que las ausencias paternas
dejaron por montón.

Actor del sentimiento

Blanca Valdez García. Lima, Perú.

Actor del sentimiento
trascendental y bello
que surgió espontáneo
en el amargo momento
en que mi alma presa
del vicio y la lujuria
pretendía ser encadenada
mancillada y envilecida
a la eterna condena.

Fue la luz divina
que inundó de ternura
mi corazón adolorido
rechazando desde entonces
todo acercamiento ajeno
a este sentimiento que llevo
inalterable dentro de mi pecho.

A mi querida hija

Blanca Valdez García. Lima, Perú.

Mira dentro de ti, hallarás latente
un manantial de virtudes
que adornan tu gentil persona
cual circundantes hilos de plata
que alrededor tuyo, espontáneos,
emergen de entre las sombras
envolviéndote en un halo de luz.

No mires atrás, en el horizonte
un nuevo amanecer se vislumbra
pleno de esperanzas y sorpresas
colmado tus tímidos sueños
mas no esperes que casual llegue,
búscalo hurgando las inmensidades
que el atardecer ya se aletarga.

Para ti

Blanca Valdez García. Lima, Perú.

No soy ciénaga que te arrastre
a su temida profundidad
soy cauce que emerge espontáneo
en el camino que recorrer te falta.

Soy lazarillo en tu abrupto
sendero de espinas
que la vida te trazó
para encauzar y rescatar
del vicio a ovejas descarriadas.

Oh apóstol de almas perdidas
no reniegues ni desfallezcas
que las puertas del cielo
para ti estarán abiertas.

Nubes negras

Thomás Alejandro Basanta Pérez. Quito, Ecuador.

Pedro miraba el reloj de la tienda mientras terminaba de cerrar las cuentas de la caja registradora. Había sido un día muy ajetreado y no era de extrañarse pues sucedía cada viernes al final del mes.

Sobre el mostrador su teléfono retumbaba. Se podía ver la cara de su esposa sobre la etiqueta “cariño” en la pantalla. Al atender la llamada se podía escuchar a su esposa decir: “¿A qué hora vienes? Ya estoy haciendo la cena”. Pedro respondió apresurado diciendo: “Ya casi termino cariño. Nos vemos en la casa”, y se despidió con un beso.

Terminó sus quehaceres dejando la tienda cerrada y ordenada. A paso apresurado se acercó a la parada de bus más cercana. Alzó la vista al momento de escuchar un estallido ensordecedor proveniente de los cielos. Las nubes negras presagiaban una tormenta y había olvidado su paraguas.

Pedro se bajó del bus en la parada más cercana a su casa, inadvertido del destino que le deparaba.

A la vuelta de la esquina, a solo una cuadra de su casa, le acechaba un siniestro depredador. Los demás integrantes de su banda le llamaban Pantera.

Al acercarse inocentemente Pedro a la esquina, le abor-daron súbitamente apuntando un revolver 38 a la sien. Nervioso, Pedro levantó las manos. Sacó su billetera temblando, pero en su torpeza, le deja caer al piso. Ingenuamente, Pedro intentó levantarla, pero no tenía idea de la bestia despiadada a la cual se había encontrado. Pantera no tenía piedad ni paciencia con sus presas.

Al levantar la cara, Pedro no vio más que un destello de luz al final. Su cuerpo inerte en el suelo no tardó en ser escu-driñado por el siniestro delincuente. En pocos segundos, tomó todo lo que necesitaba y se fue sonriendo por la calle.

En la siguiente esquina, giró a la derecha. Desprevenido y confiado por su exitoso asalto, no vio venir una figura oscura

que lo abordó de un lado. Sintió una pistola debajo de su barbilla.

“¿Tienes el pago del Sr. Lorza?”, dijo el hombre misterioso con firmeza. “Casi, casi lo tengo. Le prometo que el viernes lo ten...” bang, un estruendo seco silenció súbitamente sus palabras. Tomó todo lo de valor dejando un cuerpo más en aquella calle oscura.

Así termina otra historia más entre calles plagadas de crimen, donde el inocente vive bajo el azote inclemente de malhechores mientras éstos se aniquilan entre sí en un ciclo interminable.

El árbol que cae en el bosque

Emmanuel Rossi. Bigand, Argentina.

Un fuerte rumor corría esa mañana por el vecindario: el cielo había dejado de ser celeste. Sí. Ahora su color era verde. No se hablaba de otra cosa. En los comercios, en las plazas, en los bancos y en las academias. En efecto, parecía que el cielo ahora era percibido de otro modo. En medio de mi perplejidad casi quise inmiscuirme en la creencia, pero me fue imposible. El cielo era definitivamente celeste como siempre lo ha sido. No logré comprender el origen ni el objetivo de tan omnipresente habladuría. En un principio, traté de absorber la situación de manera risible, ingenuamente; pero eso desapareció esa misma noche cuando vi arder de modo voraz la casa de don Paco, a pocos metros de mi domicilio. Recuerdo que salí en su ayuda y al llegar me agolpé en la vereda con otros vecinos que habían arribado al lugar también convocados por el resplandor de las extensas llamas. El viejo Paco no se encontraba, y no había mucho por hacer para salvar algo de su hogar. En esa resignación estábamos cuando alguien deslizó la hipótesis de que el incendio había sido causado de manera intencional, y que la razón obedecía al hecho de que Paco había osado decir, pocas horas antes del siniestro, que el cielo era celeste.

“Qué demonios está sucediendo”, pensé sin emitir palabra. Rápidamente, opté por desestimar esa teoría y, ante la ausencia de versiones fidedignas, continuar en la incertidumbre acerca de lo acaecido en la casa del viejo.

Retorné a mi hogar, pero no pude conciliar el sueño; ni esa noche ni ninguna otra. En los días subsiguientes me sorprendió sobremanera que prácticamente todo el mundo estuviera alabando las bondades de un firmamento color verde. Personas conocidas de toda una vida, que uno tenía hasta pruebas de su convicción sobre la presencia un cielo celeste, ahora afirmaban sin inmutarse que éste era verde. Y hasta daban grandes discursos al respecto, y recibían aplau-

sos, y cantaban canciones, y lanzaban consignas, y generaban toda una liturgia...

No tardé en confirmar, lamentablemente, que el incendio en la casa de Paco había sido provocado, en efecto, por su postura conservadora sobre el matiz perceptible del éter. Los ataques contra diferentes personas se multiplicaron con las horas y todo obedecía a la misma cuestión.

Más allá de la extrañeza y desazón que sentía, me propuse no incurrir en inconvenientes. “No es tan grave tener que consentir que el cielo es verde”, especulé.

Los días continuaron y el cielo seguía siendo verde para “todos”, pero de un momento a otro las cosas cambiaron, y me percaté de ello cuando la señora Elvira fue víctima de una violenta agresión. Como las primeras versiones sobre el ataque eran confusas, intuí que la pobre se había atrevido a señalar el verdadero color del cielo. Fue devastador para mí saber que estaba equivocado. Elvira, en una de sus tantas charlas de café, había aseverado, como era común en ese entonces, que el firmamento era verde, sin recalcar en que los dueños del color del cielo habían decidido –nuevamente sin razón u objetivo coherente– que ahora el cielo era rojo. Todo aquel que profiriera lo contrario debía sufrir el más duro es carnio.

Elvira, como tantos, había adoptado la impostura para evitar problemas, pero no estar al día con las verdades últimas la llevó al hospital, con gravísimas heridas en todo su cuerpo.

Definitivamente, había que estar atento –y por todos los canales– a la inestable información, porque lo que era previsible de suceder, finalmente sucedió: a las semanas el cielo fue violeta, y pocos días después, amarillo, y minutos más tarde, naranja, y así. No estar al corriente podía costarle a uno la vida.

“Por suerte los colores son finitos”, me dije a mí mismo. ¡Insensato! ¡Totalmente insensato mi pensamiento! El insostenible escenario implodionó brutal y definitivamente, fragmentándolo todo. La situación desembocó en el armado de múltiples bandas que se identificaban con un color, el

color de su cielo, y combatían contra todos lo demás, los cuales eran considerados herejes. Ya no había forma de escapar. El simulacro ya no era una opción, porque todo era un gran simulacro imposible de sobrellevar.

Mi primera decisión fue la de no hablar de nada que tuviera que ver con cualquier cosa de más de dos metros de altitud, y mucho menos con cuestiones que rozaran la escala cromática. Todo lo que podía ser relacionado con los diversos colores del cielo, y con el cielo mismo, era en extremo peligroso. En ese contexto, no tardaron en aparecer los más imbéciles: aquellos que, tratando presuntamente de subsanar el panorama, sostenían que “había tantos cielos como personas”.

Yo no lograba comprender cómo habíamos llegado a ese lugar demencial y en un lapso tan corto de tiempo.

Elegí el silencio. El silencio cómplice, ensordecedor, artero; el silencio horrible de la muerte. Sí, elegí el silencio; lo admito. También escogí evitar la mayor cantidad de contacto humano posible. Y no fui el único; así nos fuimos quedando cada vez más solos, solos y en silencio en un presente perpetuo. Mientras tanto, en el universo exterior se desarrollaba una guerra entre bandas de colores. Y nadie terminaba de entender la causa y la finalidad de todo ese dogma furibundo cristalizado, ni siquiera quienes lo encarnaban. Lo único que los combatientes sostenían era que el mundo iba a ser un lugar mejor para todos si se imponía su color por sobre el de los demás, aunque no había garantías de que en breve lo trocasen por otro, como sucedió en un principio.

¿Qué podía hacer yo? Era una batalla completamente desigual, e imposible de abordar. Unirme a un bando para tener acogimiento y una supuesta seguridad me parecía sobrepasar una deleznable barrera que no estaba dispuesto a franquear.

Las escaramuzas se exacerbaban rápidamente, y llegó un momento en el que nadie sabía por qué luchaba ni qué color defendía. No debe existir nada peor en el mundo que el error empoderado, el cinismo obligatorio y la idiotez en apariencias organizada.

En mi total escepticismo estaba cuando, en un día similar

a todos los demás, golpearon agónicamente a la puerta de mi guarida. Fui a abrir de inmediato, porque la urgencia le ganó al temor. Era mi vieja amiga Lara, con quien no tenía contacto desde hacía tiempo a raíz del delirio social que había estallado. Estaba agitada, como si hubiera venido corriendo. Su figura, otrora perfecta, se había tornado gris. Sus cabellos yacían sobre su rostro sudoroso, desgredados. Sus prendas estaban sucias y raídas. La quedé mirando un momento, asombrado. Cuando pudo pronunciar palabra levantó la cabeza, me miró con total suplicio y preguntó: “Si un árbol cae en el bosque, y no hay nadie cerca, ¿hace ruido?”.

- Por supuesto que sí -reliqué rápidamente sin siquiera pensar.

Trazó de inmediato una muy gigantesca sonrisa, sus ojos fulguraron de lágrimas y se me abalanzó con gran emoción.

Nos abrazamos fuertemente durante horas, allí, en el umbral de la puerta. Sin duda, lo estábamos necesitando.

Fake news en épocas de posverdad: aproximación a la trama

Emmanuel Rossi. Bigand, Argentina.

En períodos electorales, como el que vive mi país, se suelen realzar las miradas hacia las lógicas de las noticias falsas (*fake news* o bulos -como le llaman en España-). Y nunca faltan quienes en virtud de una supuesta moral empiezan a plantear organismos y cónclaves para impulsar jurisprudencias con el fin de castigar -fácticamente- a sus propagadores. Ésta es una actitud que no termina de comprender cabalmente el marco en el que se desenvuelven estas noticias falsas, y supone una hermenéutica con presencia de autores malignos detrás de ciertas publicaciones con la potencia tal de coercionar de manera definitiva las consciencias, como tabulas rasas, de distraídos e *inocentes* sujetos receptores.

Para dejar en claro un primer planteamiento: Las *fake news* operan actualmente en un contexto de posverdad, y la posverdad nada tiene que ver con las clásicas mentiras hegemónicas, sino que son un signo de un clima de época determinado.

Es imposible comprender el despliegue de las falsas noticias sin avanzar en el concepto de posverdad (y de cultura posmoderna).

Para el Diccionario de Oxford, la posverdad está relacionada con “circunstancias en que los hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública que las referencias a emociones y a creencias personales”.

Esta definición es útil como primer acercamiento, pero el tema no se agota allí.

La posverdad -cuyo desarrollo no es atributo exclusivo de un sector ideológico determinado, como se suele decir- encuentra su *raison d'être* en un tiempo de relativización de la noción de Verdad. Desde Platón hasta hace unas décadas, la Verdad aparecía incólume, pero la regurgitación de cierto ideario sofista, producto de diferentes procesos que no ex-

plicaremos aquí, ha traído aparejada una licuación de la Verdad, merced de la caída de ciertos discursos que operaban como grandes núcleos rectores.

En su lugar emergió una microfísica de relatos tendiente al dogma del *homo mensura*: Hay tantas verdades como sujetos. Esto significa, por añadidura, que no hay Verdad, o si la hay es tan líquida que se desvanece en el aire. Claro que esta impronta no es absolutamente determinante en la Realidad (Realidad que no está fragmentada, ni es múltiple, ni se modifica desde un cambio de percepción individual, sino que es única y externa al sujeto), pero sí en el ámbito de ciertas ideologías como falsas consciencias que influyen en el entorno.

Entonces, si no hay Verdad, o ésta es relativa, no hay veracidad. Por lo tanto, se torna difusa -según esta perspectiva- la distinción entre falsa y no falsa noticia.

En el escenario de las mentiras hegemónicas tradicionales continuaba existiendo sólidamente el concepto de Verdad. Simplemente se la trastocaba -con una lógica lineal y verticalista- para alcanzar un objetivo. Las *fake news* posmodernas funcionan de un modo mucho más complicado de desentrañar.

A su vez, la posverdad requiere de un receptor activo. Durante el siglo pasado, distintos pensadores han avanzado en estudios de teorías de la lectura. Con diferentes matices, entendieron al lector (receptor) en un rol activo que imprime sentido a los textos. De este modo, ya no es el autor el dueño de su propio mensaje, sino que es la colisión entre el texto y el lector lo que genera un nuevo texto (un sentido). Esta impronta puede darnos un puntapié inicial para aproximarnos a lo que sucede hoy con las falsas noticias. Emisor y receptor ya no se distinguen fácilmente merced de la atmósfera de las redes sociales, y lo más importante parece ser la escogencia (no siempre del todo libre) de relatos por parte del receptor con el mero fin de apuntalar su sistema de ideas y creencias. Ya no se concibe aquí a un receptor cándido y neutral, sino que la promoción y reproducción de posverdades dialógicas requieren de un receptor que, de algún modo, se torna emisor de ciertos mensajes sin importarle necesariamente la veracidad de los mismos; la veracidad

estará atada, entonces, a cierta *conveniencia* individual del receptor/emisor (que incluso puede incurrir en *sobreinterpretaciones* al trocar información fehaciente conforme a su singularidad, o bien deslegitimar datos auténticos catalogándolos de *fake news*).

Esto no quiere decir que no existan maquinarias propagandísticas destinadas a (intentar) usufructuar el clima de época. (El Poder es intencional y no subjetivo). Lo que decimos es que la posverdad tiene una lógica totalizante, en el que víctima y victimario no aparecen tan claros y, por ende, su desarticulación no depende de una maniobra de índole policial.

Entonces, ¿se puede ir detrás de las noticias falsas desmintiéndolas con pruebas y argumentos? Se puede. Es muy complejo y afanoso, pero se puede. El problema es de funcionalidad, es decir, en un mundo cada vez más tribalizado, ¿cuántos estarán dispuestos a cambiar de parecer tras las demostraciones empíricas? Los que somos Quijotes -a sabiendas de nuestras limitaciones, pues no estamos escindidos del contexto- daremos esa batalla, pero debemos tener en cuenta la necesidad de ir hacia las raíces profundas del conflicto, para dar la pelea desde la estructura y en todos los frentes contra la cultura de la mentira.

Texto publicado originalmente en el portal de noticias de la provincia de Buenos Aires *LaNoticia1.com* el día 13 de junio de 2023, bajo el título: *Fake news en épocas de posverdad: Aproximación a una trama (casi) imposible.*

Rodado 28

Rafael Flaiman. San Pedro, Argentina.

Tras un descanso, decido que lo mejor es entregarme al azar.
Ariel Minimal

Los niños, ciegos en la viva luz, despulgan perros. Algo va a ocurrir: va a cambiar la vida.
Kenzaburo Oé

Carlos, Lucho y Agapo no conocían el mar. Tampoco lo imaginaban demasiado hasta ese día de 1975 en que llegaron en bicicleta desde San Pedro a Mar del Plata, 586 kilómetros y una semana después de haber salido de casa en tiempos en los que llamar por teléfono también era un privilegio desconocido.

Podríamos haber dicho con el de Úbeda que se les antojó más lindo que en la tele, sin embargo en el barrio en el que crecieron no había muchos televisores. Ah, pero estaba el cine. Al que iban mucho ya que uno de ellos era acomodador porque se había puesto de novio con la hija de uno de los que trabajaba en la sala del pueblo, que estaba en el centro

Eso era lejos de los chalecitos Evita que mandó a construir Perón y que quedaron truncos tras su derrocamiento, que se poblaron cuando muchos decidieron dejar el rancherío ante una tormenta que transformó en lodazal las calles mal trazadas de esa zona que era el extremo oeste de la civilización que terminaba para que comiencen los durazneros y naranjales que, es cierto, brujas en fila parecen de noche.

Como todo lo grande está en medio de la tempestad, unos años antes que ellos tres, bajo la lluvia torrencial brillaron las chispas de un mazazo sobre el candado de un galpón que hoy un es un centro educativo complementario y en el que el Gobierno de facto de la Revolución Fusiladora había ordenado guardar inodoros, puertas y ventanas de las casitas del barrio hasta un nuevo aviso que nunca llegaba.

Allí crecieron Carlos, Lucho y Agapo. Que no conocían el

mar. Pero lo intuían.

Pergeñaron el viaje cuando apenas habían terminado la primaria y mientras cursaban el único año en el que la secundaria los vio como estudiantes. Alguno dejaba el blazer y los zapatos del colegio Nacional y otros, los delantales marrones del Industrial que prometía algún trabajo que ellos ya conocían de niños: arreglaban motos que no conducían, radios y televisores que no compraban; rellenaban colchones mullidos en los que no dormían; amasaban facturas que sólo comían oreadas al otro día; acomodaban público en un cine que programaba películas que contaban historias que ellos no vivirían jamás.

También reparaban bicicletas. Eso sí tenían. Cuando se es pobre y niño la bicicleta es un sueño eterno. Estos tres lo habían cumplido. Y como soñar es un vicio irremediable para el que nada tiene, querían más. Por eso, acaso, el mar.

Imitando a las motocross en la barranca, los cañaverales y zanjones con unas bicicletas galgas rodado 28, mientras aprendían a fumar tabaco barato y a beber vino envasado en coso, uno de los tres dijo que al mar ellos iban a llegar pedaleando, como a todo. Se rieron a carcajadas. Se abrazaron bajo una mora silvestre y dijeron que sí, que así sería. Luego se apuraron para el regreso al barrio porque, después de todo, habían salido a comprar kerosene para la estufa de ese invierno.

Cuando decidieron que en ese proyecto se les iba la juventud, pusieron manos a la obra. Alguna damajuana de diez litros ofició de alcancía en la que los pesos ley entraban arrugados. Para romperla la golpearon contra un borde del paredón del costado de la casa de uno de ellos. Casi pierden una mano, un ojo y la amistad.

Con esa plata viajaron en tren a Buenos Aires. El dato de unos familiares que vivían en Lomas de Zamora -en el territorio bonaerense alejado todo es Buenos Aires- les permitió llegar a una tienda del Ejército de Salvación para comprar la carpa, un calentador y otros enseres que serían parte del viaje.

A las galgas les pusieron asientos banana de respaldo largo un poco para apoyar el cuerpo y otro poco para hacer lo

propio con el deseo de la *Busco mi camino* que los había entusiasmado en alguna proyección de los lunes, a las que les permitían entrar gratis. Los manubrios quedaron prominentes y curvos, porque además tenían que soportar el equipaje y la radio a transistores con antena que habían armado con piezas viejas para que el trayecto sea menos tedioso.

La primera prueba fue a Baradero. Menos de 30 kilómetros hasta el acceso por ruta 9. Esa mañana llovió, pero fueron igual. Estaba planificado y no podían perder un día. La segunda vez recorrieron los casi 150 kilómetros que los separaban de Luján para llegar a la Basílica, acaso dejar un rezo en secreto, tomar un café con leche, pasar la noche en un camping abandonado y volver. Hicieron el cálculo. A 100 kilómetros por día, en menos de una semana estarían en Mar del Plata.

La ruta 41 es de las más aburridas de la provincia de Buenos Aires. Hoy sigue tan despoblada como hace casi 50 años, cuando estos tres emprendieron el viaje. Cada tanto algún camión que iba a apurado los asustaba. Por lo demás, en ese camino aún se transita de noche. El cálculo de 100 kilómetros al día no tuvo en cuenta el viento en contra ni la lluvia ni el hambre ni el sueño ni el cansancio ni las dificultades para bañarse en medio de la nada con agua que había que conseguir quién sabe dónde.

Una noche que amenazaba con tormenta divisaron una arboleda que podría cobijarlos. Abrieron una tranquera y pasaron. Aunque era enero, hacía frío. Una fogata les permitió el guiso. Tras montar la carpa, mientras coreaban alguna canción de Vox Dei acompañados de la guitarra que apenas templaban y no llegaban nunca a tocar, escucharon ruidos de motor. Los autos eran modernos, descapotables, llenos de jóvenes que pasaban a los gritos, mujeres y varones, muchos.

Cuando se levantaron, el bosque en el que estaban parecía arrasado. Menos sobre la carpa, todo era rama caída. En un almacén ubicado a pocos kilómetros les contaron que los autos desde los que los saludaban durante la noche iban camino adentro a una fiesta en el casco de una estancia de

algún doble apellido de esos que estaban en el momento justo cuando se repartieron las tierras que no eran de nadie porque quienes las habitaban no conocían propiedad.

Al llegar a Mar del Plata hicieron varias cosas: pusieron los pies descalzos en el mar; se sacaron unas fotos que retiraron luego en un dudoso local; comieron una cazuela de mariscos; jugaron unas monedas en el casino porque para eso habían llevado un saco; y se dijeron que al final no era para tanto pero qué maravilla ese viaje.

Se volvieron en tren hasta Constitución. Desde allí, como todo era Buenos Aires, pensaron en ir hasta Lomas de Zamora a saludar parientes. Les dijeron que tenían que cruzar el puente Pueyrredón. Lo hicieron por la vieja estructura de hierro donde, a mitad de camino, los sorprendió una comitiva policial.

En 1975 tener 18 años, el pelo largo y andar con bolsas llenas de trastos no era una buena idea. Un oficial de bigotes les apuntó con una 9 a la cabeza y les pidió los documentos. No tenía idea dónde quedaba San Pedro pero sospechó falsificación y pidió refuerzos. A desnudarse, les gritó. Mientras tanto, otros efectivos les desarmaban las mochilas y las bolsas con ollas tiznadas. Hasta los caños de las bicicletas inspeccionaron. Tengan cuidado con lo que hacen, les dijo el bigotudo al permitirles seguir no sin dejar de apuntarles.

En Lomas de Zamora desde un bandoneón Doble A sonó el chamamé Mesón de Fierro en una versión que habría emocionado al mismísimo Tránsito Cocomarola. Un mate cocido con leche y tostadas con manteca llenaron la panza. Por la madrugada, un amigo verdulero que iba del Mercado Central hasta San Nicolás los dejó en la vieja estación de servicio de la ruta 9 que todavía no era autopista y pedalearon hasta el barrio. Volvían del mar y hasta tenían fotos que lo certificaban, con las bicicletas, al lado del cartel y bajo el lobo marino.

Algunos veranos después arribaron a La Feliz con sus parejas, en un Fitito y una coupé Chevy que les robaron apenas llegaron a la playa. El regreso fue en el mismo tren a Constitución. Mientras cenaban maní con chocolate con sabor a cartón tinta amarilla alguno de ellos habrá dicho que al final no era para tanto, pero qué maravilla ese viaje.

Índice

<i>Prefacio</i>	07
<i>La dama de oro</i>	09
(Erik Levin Kolanguí)	
México. Instagram: @erik.levin.k.	
<i>Una tarde en el puerto</i>	12
(Erik Levin Kolanguí)	
México. Instagram: @erik.levin.k.	
<i>Pertenecer</i>	15
(Estefanía Gama Pineda)	
Colombia. Instagram: @misojoscafes.	
<i>El Despertar de las Musas</i>	16
(Juan Manuel Ledesma Mendoza)	
Estados Unidos. YouTube: @MusasConvertidasEnRimas.	
<i>El magnífico ayer</i>	18
(Karla Inés Sánchez Luevanos)	
México. Instagram: karla_lvn.	
<i>JooHa y Sun</i>	19
(Charlie Cortés)	
Chile. Instagram: @fxck_yxxrsxlf_.	
<i>El espíritu del mundo</i>	21
(Jairo Enrique Ramírez Sánchez)	
México. Instagram: @enrique_ramirez_22.	
<i>Hogar</i>	22
(Victoria Beneditto Lluberas)	
Uruguay. Instagram: @victoriaenletras.	
<i>Todos mis yo</i>	23
(Victoria Beneditto Lluberas)	
Uruguay. Instagram: @victoriaenletras.	

<i>El grillito</i>	25
(Victoria Beneditto Lluberás)	
Uruguay. Instagram: @victoriaenletras.	
<i>Ojos chispeantes</i>	31
(Samantha de Los Monteros Beaujean)	
México. E-mail: smb.makeupartist@gmail.com.	
<i>Corazón sincero</i>	33
(Samantha de Los Monteros Beaujean)	
México. E-mail: smb.makeupartist@gmail.com.	
<i>Estaciones</i>	34
(Valeria Rivera Godoy)	
Chile. Instagram: @nanayenletras.	
<i>Enajenada</i>	36
(Valeria Rivera Godoy)	
Chile. Instagram: @nanayenletras.	
<i>Ausencia paterna</i>	38
(Valeria Rivera Godoy)	
Chile. Instagram: @nanayenletras.	
<i>Actor del sentimiento</i>	40
(Blanca Valdez García)	
Perú. E-mail: bvaldezgarcia2016@gmail.com.	
<i>A mi querida hija</i>	41
(Blanca Valdez García)	
Perú. E-mail: bvaldezgarcia2016@gmail.com.	
<i>Para ti</i>	42
(Blanca Valdez García)	
Perú. E-mail: bvaldezgarcia2016@gmail.com.	
<i>Nubes negras</i>	43
(Thomás Alejandro Basanta Pérez)	
Ecuador. Instagram: @basantathomas.	

- El árbol que cae en el bosque***.....45
(Emmanuel Rossi)
Argentina. Twitter: @letraserrantes.
- Fake news en épocas de posverdad: aproximación a la trama***....49
(Emmanuel Rossi)
Argentina. Twitter: @letraserrantes.
- Rodado 28***.....52
(Rafael Flaiman)
Argentina. Twitter: @rafaesquelas.

